



SEXO
y
REVOLUCION

FLH

L1

ega en la actualidad un momento en la historia de los procesos revolucionarios en que la acumulación de hechos históricos de elementos suficientes para descubrir una característica común a casi todos ellos. Se trata de la tendencia generalizada, por parte de las expresiones subjetivas de dichos procesos, a circunscribir el cuestionamiento de la estructura social al modo de producción capitalista, y al aparato jurídico-político derivado de él. Existe una razón teórica que justifica esta praxis: el supuesto de que, derivando la superestructura ideológica (que cristaliza en el "estilo de vida" particular de una sociedad dada) de la infraestructura económica basal, al modificarse esta última a través del proceso revolucionario, la superestructura ideológica sufriría una modificación mecánica en el sentido de la justicia y la equidad, características del nuevo orden económico.

Sin embargo, la historia no abona este supuesto. Por el contrario, la modificación exclusiva de la infraestructura económica y el aparato jurídico-político no revoluciona 'per se' a la superestructura ideológica; si sobrevive, la persistencia de la superestructura ideológica ahoga a la revolución tarde o temprano. A lo largo de este trabajo intentaremos dilucidar este tema.*

* "Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desarrollado hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Se abre así una época de revolución social".

(MARX, "Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política")

Las relaciones de producción, que, en tanto existe un orden de explotación expresado en clases dominantes y dominadas, están en contradicción con el desarrollo de las fuerzas productivas, tienden a mantenerse a través de las representaciones de esas relaciones de producción en la mente de los individuos (ideología) y de la acción de la superestructura jurídico-política. Ello implica que el accionar revolucionario debe dirigirse no sólo contra las relaciones de producción y el aparato jurídico-político, sino también a actuar específicamente sobre el terreno de las representaciones ideológicas. A partir de aquí puede empezar a vislumbrarse el problema de cómo un cambio en las relaciones de producción acompañado de una modificación en la superestructura jurídico-política puede no producir necesari-

Debemos comenzar preguntándonos qué factores inherentes al ser humano como especie crean, mantienen y perpetúan el orden de la dominación. Porque si no tuviéramos en claro esos factores, nos resultaría imposible explicar por qué los seres humanos aceptan e incluso defienden la opresión a la que se los somete, que les quita desde su salud física hasta su libertad.

Un sistema social se mantiene no solamente en base a los mecanismos de explotación económica, sino que es esencial para la perpetuación de esos mecanismos la producción de seres humanos completos con una etología estandarizada según las necesidades del sistema. Lo cual significa que la sociedad capitalista necesita vitalmente producir no sólo bienes, sino también seres humanos que produzcan esos bienes según el modo de explotación establecido. O sea que un sistema de producción alienado necesita formar -o decir, de-formar- seres humanos a su medida. ¿Cuál es esta medida? ¿Cuál es la forma -la de-formación- a que se somete esta persona?

Siendo la característica del sistema de producción capitalista la producción para el beneficio de una clase dominante, es interés de esa clase el establecimiento lepidario de la dominación sobre el resto de los seres humanos. De este modo, los individuos son moldeados para ser dominados y/o para dominar, y esto se realiza a través de específicos y poderosos mecanismos psicológicos, mecanismos que en último término acaban sosteniendo y perpetuando ese orden de la dominación. Lo importante es entonces discernir los vínculos existentes entre la estructura de la explotación (extracción de plusvalía) y la ideología cotidiana que envuelve cada uno de esos actos, por mínimos que sean, de los individuos. Pues (y esto es necesario recalcarlo una vez más), en tanto que el sentido, el propósito y el aje del sistema de dominación es asegurar la explotación de la fuerza de trabajo en beneficio de una clase, todos los actos de todos los individuos están dirigidos hacia ese fin supremo. Ningún área del comportamiento individual puede escapar a esta sobredeterminación, pues entonces el individuo quedaría libre para poner en tela de juicio el sistema de la dominación. Un sistema cualquiera basado en la explotación no puede evi-

riamente una subversión de la ideología, entendida ésta como representación internalizada por los individuos.

tar ser "totalitario". Cada área de la vida (la cotidianidad toda) es integrada al sistema con un rol específico. Es por ello que todos los actos privados y todos los actos comunales de todos los individuos (el fútbol, las vacaciones, el amor, el consumo) resultan ser actos que cumplen una función política.

Partiendo de la correspondencia entre estructura y superestructura, entre lo individual y lo social, trataremos de describir cómo es de esa "ideologización" de la vida. Para ello, debemos centrarnos en el proceso de socialización del individuo, es decir, en el sistema de preparación y adiestramiento a que se lo somete a fin de ajustarlo a las exigencias de una sociedad determinada, en nuestro caso, la capitalista. De qué forma se convierte al ser humano en opresor y/o en oprimido? Qué valores, temores, actitudes, sentimientos, le son inculcados para ello, y en qué momento de su desarrollo?

El ser humano enfrenta, desde su nacimiento, a un grupo primario: la familia. Qué significa la familia? A un ser como el humano, cuyo período de aprendizaje (infancia) es el más prolongado de la escala biológica, le es necesaria una agencia social específicamente encargada de orientarlo, ayudarlo y mantenerlo en ese proceso. Esto significa que la familia es una fábrica de seres humanos sociales. Ahora bien, en la medida en que un grupo social basado en la explotación necesita gente preadaptada para entrar en el proceso de producción alienada, la familia, sustentadora, debe convertirse en una agencia de-formadora.

Se trata de una microsociedad que reproduce en almáxico el sistema que la nutre. La gastada afirmación de que "la familia es la base de la sociedad" adquiere plena validez: lo es porque reproduce todas sus características y porque es la agencia de producción de seres humanos condicionados al sistema.

En la familia estándar hay un detentor del poder, el macho, que, en la medida en que maneja el poder económico en la familia y el poder político en la sociedad, maneja por derecho propio el sistema de relaciones familiares y su extensión, las relaciones sociales. El objeto de su dominación es, en primer lugar, la mujer; y en segundo lugar, los hijos, que son el producto-mercancía de la fábrica familiar. El sentido último de la familia es producir seres que reemplacen a sus progenitores en sus tareas, inculcándoles antes los mecanismos de la dominación para que las realicen sin protesta. De tal manera se verifica y asegura en este nivel, al igual que en las demás escalas de la vida social, la dicotomía opresora/oprimidos.

Esta dominación no es sólo una cuestión teórica abstracta, sino que, como dijimos, preside todos los actos cotidianos. Se revela en esencia en el poder sexual del macho sobre la hembra en el coito. El coito deviene una institución estructurada culturalmente para la satisfacción del varón, que detenta toda la iniciativa, y que posee el derecho legítimo a gozar.* Esta dominación en el coito es en última instancia, en el terreno ideológico, la manifestación objetiva de la dominación de la mujer por el varón en la vida cotidiana. Así la mujer deviene un objeto de placer y de re-producción. Es necesario remarcar que el sistema le impone la obligación de realizar las tareas del hogar sin darle derecho a ninguna remuneración, lo cual desenmascara su verdadera situación: la esclavitud doméstica.

Este esquema de pareja se corresponde más o menos minuciosamente con el imperante en nuestra civilización (los machos gobiernan, las hembras obedecen), hasta el momento en que el proceso capitalista incorporó paulatinamente a las mujeres al aparato productivo en virtud de sus crecientes necesidades de producción. Esta inserción minó relativamente la autoridad del macho e inspiró exigencias a las mujeres. Sin embargo, el macho no declinó su poder: se vio obligado a hacer concesiones; al mismo tiempo, gran parte de la autoridad de la familia pasa al Estado, que la ejerce, directamente o no, a través de otros aparatos ideológicos (escuela, medios de comunicación de masas). Las conquistas logradas por las mujeres no consiguieron alterar -hasta el momento- la esencia del sistema de dominación machista. De hecho, los varones siguen manejando los resortes básicos del proceso de producción, y continúan jugando el papel protagónico en el sexo. El núcleo de la opresión de la mujer, sigue, pues, intacto.

Esta pareja de dominación, en la que la nueva igualdad es un "bluff", se reproduce, tiene hijos, y se forma para ello. Los hijos son los objetos de la dominación paternal. El padre, que controla los ingresos, posee concomitantemente el poder de emitir órdenes inapelables, abonado

* Estudios recientemente realizados (Masters y Johnson, "La Respuesta Sexual Humana"; Mary Jane Sheffrey, "Evolución y Naturaleza de la Sexualidad femenina", etc.) abren la puerta para un planteo más profundo acerca de la relevancia de la represión a la sexualidad femenina en el mantenimiento de la cultura dominante.

por la falaz ideología de que el niño es un incapaz crónico sin poder ni derecho de elegir sus actos. Es un objeto de posesión de sus padres, situación sancionada por el concepto jurídico de patria potestad. Hasta tal punto carece de derechos, que, en el terreno sexual, la sexualidad infantil es considerada "un descubrimiento reciente".

El primero gran objeto sexual del niño, en la cultura actual, -la madre- le es prohibido mediante un tabú inmemorial: el tabú del incesto, uno de cuyos múltiples fines consiste en reforzar la autoridad del padre y su exclusivo derecho al acceso carnal con la madre, apartando a los hijos. En general toda actividad sexual le está prohibida al niño: toquetones, masturbación, etc. La sexualidad infantil está negada explícitamente por la ideología del sistema; en tanto que, sin embargo, ella existe objetivamente, esta negación funciona en la práctica como una mutilación. Cómo es realmente la sexualidad infantil? La sexualidad infantil muestra la variedad de impulsos coprofilicos, homosexuales, fetichistas, heterosexuales, bestiales, autoeróticos, etc., que, al manifestarse previamente al proceso de socialización, demuestran ser partes inalienables del caudal libidinal humano. Es en ese sentido que al niño ha sido caracterizado como "perverso polimorfo" (en términos familiares, "ese pequeño degeneradito"). La sexualidad infantil, pues, muestra la variedad de impulsos de todo tipo y objeto que conforman la libido humana, y en este sentido, es el rostro más auténtico de la vida.

Lo real es que en la sexualidad, en la multiplicidad y riqueza de sus potencialidades está inscripto el primer atisbo de libertad que encontramos en la naturaleza, y es este enorme caudal de energía potencial de la libido lo que debe ser desviado hacia la meta social del trabajo enajenado.

La castración de la sexualidad tiene como objetivo introducir la dominación característica del sistema en la mente misma, en su intimidad, a fin de "ablendar" al ser humano en campo fértil para la ideología del sistema y para el trabajo enajenado. Un ser humano que hace objeto de dominación a sus impulsos sexuales, no se extrañará de encontrar reprimidos y dominados en el mundo social; un ser humano que hace objeto de dominación a sus impulsos sexuales, está preparado para adoptar sin extrañeza el papel de dominador y/o de dominado. En el sistema de castas, los varones son educados en la dominación, y las mujeres en la sumisión. El individuo internaliza los mismos roles que encuentra en la familia; será el padre opresor si es macho, o la madre sumisa si es hembra. La figura autoritaria del padre es reproducida luego en la figura del policía, del patrón, del Estado, sostenedoras del sistema ante las que los individuos se inclinarán como ante el padre. Así, el esquema de dominación es traspas-

sado fielmente al individuo a través de la familia. En el sistema de clases, cada cual recibe el entrenamiento según el sitio que le esté predestinado. El hijo de burgueses es educado para mandar al proletariado y para obedecer a su vez a sus superiores jerárquicos. El hijo del proletario es educado para ser obrero, o sea, para obedecer al patrón -o eventualmente para intentar ser a su vez patrón-.

La dominación de la libido (la sexualidad) culmina con su reducción a determinadas partes del cuerpo, los genitales. En realidad, todo el cuerpo es capaz de aportar al goce sexual, pero la sociedad de dominación necesita de la mayor cantidad de zonas del cuerpo posibles para adscribir las al trabajo. La genitalización está destinada a quitar al cuerpo su función de productor de placer para convertirlo en instrumento de producción alienada, dejando a la sexualidad sólo lo indispensable para la reproducción. Es por eso que el sistema condena con especial severidad todas las formas de actividad sexual que no sean la introducción del pene en la vagina, llamándolas "perversiones", desviaciones patológicas, etc. Para encadenar al ser humano al trabajo alienado es necesario mutilarlo reduciendo su sexualidad a los genitales.

Debemos recordar que estos procesos se dan dentro de un marco socio-económico específico caracterizado por la explotación. Las clases dominantes realizan un manejo muy particular de un proceso universal inherente al ser humano como especie: el libre desarrollo de la energía sexual humana en el sentido de la maduración y la creación, cambiando su curso y sus fines. Las clases dominantes conforman y estatuyen el proceso de socialización en vistas a su objetivo, la producción enajenada, convirtiéndolo en un proceso de transformación de la energía sexual libre en trabajo alienado.

Este esquema sexual ha perdido su característica rigidez del siglo anterior, y ello no es casual. A medida que el capitalismo se desgasta, a causa de sus propias contradicciones internas, van revelándose sus bases de miseria económica y sexual, a las cuales la gente cuestiona en su accionar cotidiano, debilitándose así las antiguas pautas de conducta. Pero en la medida en que estas necesidades de libertad no son integradas a un planteo revolucionario explícito, es el mismo sistema el único que les da respuesta, manteniendo las mismas bases de la opresión sexual pero brindando satisfacciones ilusorias o substitutivas. Así, por ejemplo, como respuesta a estas exigencias, el sistema produce y apaña una floreciente industria de la pornografía, que transforma al sujeto en espectador de sus propias fantasías sexuales, en lugar de convertirse en alegre actor de las mismas.

A quién beneficia la preservación de las pautas morales tradicionales? A las clases dominantes, las que se aseguran así que los individuos sometidos a su imperio sufrirán un proceso de socialización (la "educación") destinado a proporcionarles servidores dóciles en forma continuada. La preservación de las pautas morales tradicionales, la sobrevivencia del autoritarismo y la extensión del carácter autoritario a todos los niveles sociales beneficia únicamente a la ideología de dominación; aún cuando la clase dominante - en nuestro caso la burguesía - acceda a reformas económicas o políticas o, inclusive, sea derribada, la subsistencia del patriarcado* asegura la permanencia de un aparato mental e ideológico que mantendrá en el poder, ya sea a la burguesía - a través del control de los medios de producción -, o a las capas burocráticas que eventualmente la reemplacen en el control directo o indirecto de la producción y la cultura en el sentido más amplio del término.

No es casual, entonces, que las dos cosas más tabuadas por nuestra sociedad sean el dinero y el sexo. El estado general de cosas en la cultura no ha cambiado, sustancialmente, puesto que los varones siguen constituyendo el grupo dominante y las mujeres el grupo dominado. En los diversos campos la dicotomía opresores-oprimidos se mantiene.

Pero esta no es la totalidad del sistema de opresión machista. Aquellos individuos que no cumplen con el rol sexual establecido, los homosexuales, son vividos como un máximo peligro por este sistema, en tanto que no sólo lo desafían, sino que desmienten sus pretensiones de identificarse con el orden de la Naturaleza. Nada en las ciencias biológicas nos autoriza a sobrevalorar una forma de relación sexual en detrimento de otras. La desexualización del cuerpo humano es obra de la cultura. En el caso del varón, ella multa el coito anal pasivo, la utilización del ano como zona sexual, a pesar de que éste está rodeado de terminaciones nerviosas eróticas. También están fuertemente tabuadas las tetillas masculinas, a pesar de ser áreas erógenas, por su sola semejanza con la anatomía femenina.

La ideología sexual del sistema no extrae su validez de una correcta teoría biológica, como a veces pretende por medio de sus voceros científicos, sino que estructura sus pautas según sus intereses de dominación. Estos intereses militan en contra del placer, que debilitaría la reserva de

* Sistema de dominación de un grupo definido por conformación anatómica -los varones- sobre otro grupo también definido por conformación anatómica -las mujeres.

trabajo alienado, y colocan la reproducción como objetivo único del sexo. Todo lo demás es pecado.

Pero esto importa aplicar categorías teológicas a la sexualidad humana, y es en tal intento donde debemos ver la enfermedad de la cultura. Si el sexo tiene alguna función es la de unir a los seres humanos en formas constantemente renovadas y creativas. Lo contrario significa reducir al sexo a una sola de sus posibilidades - la reproducción.

Es por ello que la cultura machista necesita calificar a los homosexuales de "degenerados", "enfermos", "anormales", "delincuentes". En realidad, los homosexuales reivindican, de hecho, las posibilidades plásticas inherentes a la libido humana, que el sistema de dominación sexista se empeña en mutilar. Como lo vimos anteriormente, la libido abarca en sí sin conflicto a la gama total de posibilidades de relación humana: las tendencias homo y heterosexuales conviven en ella en perfecta armonía. Es el proceso de socialización alienado el que introduce la separación entre lo bueno y lo malo, la culpa y la mala conciencia.

Esta desigual repartición de poder sexual en favor de los varones heterosexuales se refleja en una poderosa ideología (internalizada compulsivamente por los miembros de nuestra sociedad): quienes violan sus leyes - algunas escritas y otras no, pero totalmente efectivas y vigentes - no reciben sólo una sanción moral, que sería la culpa, sino que son penados a través del propio aparato represivo del Estado. Por ejemplo, el ejercicio de la sexualidad por parte de menores - a los que el sistema niega el derecho de gozar - acarrea la punición del partenaire y habilita a un juez para confinar al menor en un reformatorio, como si hubiera cometido un crimen. Pero son los homosexuales los chivos emisarios de la represión sexual, sobre los cuales recaen los castigos más severos e inmediatos. Así, un edicto policial vigente en la capital, prohíbe sin discriminación la incitación pública al acto carnal (2º H). En la práctica, esta regla jamás se aplica a los heterosexuales varones que piropean a las mujeres en público, aún cuando lo hagan en los términos más brutales; pero un piropo de una mujer a un varón, o un homosexual que mira a otro varón en la calle, sufren automáticamente todo el peso de la represión. Otros edictos antihomosexuales penan las reuniones privadas de homosexuales, o que un supuesto homosexual pase por la calle en compañía de un menor de edad. Estos ejemplos revelan la existencia de una persecución discriminada, ejercida por el Estado a través de la Policía, contra las formas no convencionales de sexualidad, y reflejan la plena vigencia del sistema machista, como así también el propósito de quienes ejercen el poder de perpetuarlo.

Qué sucede cuando un proceso revolucionario interesa selectivamente a la infraestructura económica? Una revolución que logra alterar la infraestructura, o aún un alza revolucionaria, producen un resquebrajamiento de la superestructura ideológica. Ahora bien, la ideología internalizada es la parte más conservadora del ser humano, puesto que sus cimientos afectivos son los cimientos de la convivencia diaria. No importa cuán alienante sea este sistema, siempre cuesta y resulta doloroso cambiarlo por otro. Son estos los "factores inherentes al ser humano" que traban la revolución. Se crea un desfase entre los valores fascistas vivos en el inconsciente y la práctica revolucionaria centrada en los cambios económicos y políticos. Es decir, una práctica revolucionaria convive con una estructura de valores internalizados reaccionaria no cuestionada en profundidad.

Cuando esa estructura queda sin cuestionar, tiende por su propia dinámica a reproducirse. Y ante la carencia de un arma conciente que la neutralice, el sujeto entra en pánico, puesto que es incapaz de imaginar a fondo por sí mismo una concepción revolucionaria y profunda, coherente, de su propia cotidianidad. La alternativa es, entonces, abrazarse nuevamente a los viejos valores del orden burgués; la ideología internalizada se reafirma, y exige ser concretizada otra vez en instituciones represivas, que, a nivel social, vendrán a servir de correlato a la figura del padre. Si ya no existe el patrón, en su lugar estarán los burócratas.

Un cambio tan radical de valores no puede darse de un día para el otro, pero la falta de un trabajo político sobre las áreas ideológicas de la cotidianidad no sólo retarda el proceso de subversión del poder por parte de los sectores oprimidos, sino que puede llegar a ahogarlo definitivamente.

El Frente de Liberación Homosexual considera llegado el momento histórico de proponer y comenzar a realizar una revolución que, simultáneamente con las bases económicas y políticas del sistema, liquide sus bases ideológicas sexistas, teniendo en cuenta que, de lo contrario, el sistema de opresión se reproducirá automáticamente después de un proceso revolucionario que sólo altere las esferas política y económica. Nuestro Movimiento surge como una organización de homosexuales de ambos sexos que no están dispuestos a seguir soportando una situación de marginación y persecución por el solo hecho de ejercer una de las formas de la sexualidad. Como hemos pretendido demostrar a lo largo de este documento, esta persecución tiene una raíz netamente política. El sexo mismo es una cuestión política. En esa medida, la liberación que postulamos no puede tener lugar dentro de un sistema economi-

co de dominación, tal como lo es el capitalismo dependiente argentino. Pero partiendo de nuestra propia marginación, cuestionando desde ella a la sociedad sexista, llegamos a un cuestionamiento global de la sociedad. Los homosexuales somos un sector del pueblo que padece una forma de represión discriminada y específica originada en los intereses mismos del sistema, e internalizado por la mayoría de la población, incluso por algunos sectores pretendidamente revolucionarios.

En ese sentido, permanecen intactas muchas de las formas del prejuicio antihomosexual, disfrazadas a veces de críticas políticas. Por ejemplo, se plantea a título de objeción que la homosexualidad es un producto del capitalismo decadente. Sin embargo, sociedades ni capitalistas ni decadentes, como la incaica la practicaron y alabaron.* Hemos visto ya, además, que la libido humana original no desdén ninguna de sus posibilidades. Detrás de ese planteo se oculta la incapacidad para formular un orden nuevo, una certidumbre verdaderamente revolucionaria; frente a la crisis de la moral burguesa, se pretende retornar a la moral hispánica del siglo XIX, dejando de lado los repetidos casos de indígenas americanos que nuestros conquistadores quemaron vivos por practicar a la luz del día "el innumerable delito".

Otra objeción es que el F.L.H. es un movimiento sectario, en tanto que no se integra a los movimientos de liberación política. La razón es muy simple: a nosotros, como a todos los marginados, no nos va a defender nadie, salvo nosotros mismos. En realidad, el argumento es falaz: en los hechos quienes nos marginan son ellos. Lo que nos importa es el nucleamiento y la politización de un sector tradicionalmente marginado y negado, que ha permanecido como tal apartado de todo poder de decisión, incluso del derecho a disponer de su propio cuerpo.

Algunos planteos tienden a considerar como contradictorio el hecho de que mientras postulamos la liberación sexual, nos organicemos como un grupo de homosexuales. Hacerlo de otro modo significaría disolver nuestra opresión específica, olvidando que sobre nosotros pesa una condena explícita. Los oprimidos específicamente por el sexismo en el seno de esta sociedad ca-

* Esto no significa afirmar que esas sociedad no practicaran modos particulares de opresión sexual. Pero sí se intenta subrayar que, de ninguna manera, la práctica de la homosexualidad puede ser considerada como un producto del modo de producción capitalista.

pitalista somos los homosexuales y las mujeres; y los varones heterosexuales adquieren objetivamente, socialmente hablando, el carácter de grupo opresor. Por supuesto, este carácter de opresores no es elegido libremente por ellos sino que les es culturalmente impuesto por la sociedad de dominación. Lo cual no obsta para que gocen ampliamente de las ventajas que su posición les depara sobre las mujeres y los homosexuales. Esta afirmación no pretende excluir la posibilidad de una modificación, cuyos indicios pueden inferirse: es difícil, en los últimos tiempos, inclinarse a aprobar un orden sexual evidentemente injusto que, en alguna medida, reprime y angustia a sus propios beneficiarios.

El machismo es eminentemente contrarrevolucionario y antihumano, en tanto que representa la exacerbación de las pautas de la dominación económica y sexual. Nosotros lo caracterizamos como el fascismo de entrecasa. Los burgueses lo utilizan para dominar mejor; en el oprimido, el machismo representa el único plano en el que puede igualarse a su patrón, y por lo tanto obra como mecanismo de compensación, tan ineficaz como ilusorio desde una perspectiva crítica, porque al mismo tiempo apuntala las bases de opresión sobre las que está edificado el sistema. Así las actitudes machistas son un "boomarang" en manos de la clase trabajadora. De este modo el obrero oprime a su mujer o a un homosexual para vengarse del hecho de que su patrón "se lo coje" ("lo explota y lo domina) a él y a sus compañeros diariamente. Por eso, en la medida en que el pensamiento no elabore una nueva formulación de la cotidianidad, la gente seguirá siendo revolucionaria en la calle y contrarrevolucionaria en el hogar, donde reproducirá en sus hijos el esquema de la dominación.

Existe un evidente desfase entre la política como actividad externa, social, y la política como actividad privada, individual, interna. La ideología no es sólo una superestructura intelectual montada sobre las bases afectivas del ser humano, sino que esas bases afectivas están estructuradas en un sentido político desde la cuna por la sociedad en que el individuo nace. La política es algo que se ejerce en todos los momentos de la vida cotidiana y que se trasluce en todas nuestras elecciones, por ínfimas que sean. También por ende el cuestionamiento revolucionario de la sociedad de dominación debe extenderse a todas sus esferas de actividad. Una praxis revolucionaria que no ponga en tela de juicio la moral burguesa, la está aceptando objetivamente y perpetúa por un lado lo que pretende destruir por el otro. Se sabotea a sí misma. La está dejando los sentimientos, los afectos, al enemigo, el cual se construirá sus baluartes a partir de ellos.

La desintegración de la vida privada y la acción política posibilite además que muchas personas, después de largos períodos de militancia, sean recapturadas por la burguesía a través de la formación de una familia, de la

construcción de un hogar y de la crianza de los hijos. Evidentemente en estos casos la revolución es sólo exterior, y no ha llegado a tocar las más profundas estructuras síquicas del individuo.

El F.L.H. es una organización no verticalista ni centralista de homosexuales - en la que también pueden participar los heterosexuales que renuncien a sus privilegios - que se ha abocado a la tarea de integrar las reivindicaciones específicas del sector homosexual al proceso revolucionario global. Es un movimiento anticapitalista, antiimperialista y antiautoritario, cuya contribución pretende ser el rescate para la liberación de una de las áreas a través de la cual se posibilita y sostiene la dominación de la mujer y del hombre por el hombre, en el convencimiento de que ninguna revolución es completa, y por lo tanto, exitosa, si no subvierte la estructura ideológica íntimamente internalizada por los miembros de la sociedad de dominación.

Somos conscientes que el sistema maneja amplios sectores del pueblo valiéndose de la moral, o sea, de mentiras interesadas. Somos conscientes de que el pueblo mismo abandonará sus prejuicios, que constituyen una traba concreta para el desarrollo revolucionario, en la medida en que nosotros, los homosexuales, formemos parte activa y militante de una lucha que es también nuestra. Llamemos a los homosexuales, a las mujeres, a los verdaderos revolucionarios a realizar el esfuerzo que supone cuestionar las pautas originadas en el sistema de explotación, a fin de recuperarnos a nosotros mismos como actores eficientes de una revolución sin retrocesos.





ra Edición: Noviembre de 1973.

da Edición: Diciembre de 1974. Para esta segunda edición se ha procedido
corregir el presente material.